

Vesta, casa de las Vestales, tribuna de las Haren-gas... Nombres, nombres difuntos!

A la izquierda, en la altura del Esquilino, se ven tres pedazos de nave que parecen tres hornos colosales unidos; de sus bordes exteriores cuelgan algunas plantas arraigadas en las grietas: son la basilica de Constantino. Esas curvas son acaso las madres de la arquitectura greco-romana; esa bóveda apoyada en otra bóveda se elevará andando el tiempo; buscará la intersección de la curva en el ángulo ojival; cruzará en su centro los nervios de dos arcos diagonales; se apoyará en el arbotante, y elevará al cielo la nave gótica con sus ventanales y ojivas esplendorosas.

Allá, á la derecha, en lo alto del declive de la colina palatina, cuna acaso de la ciudad de Rómulo, están las primitivas murallas de la Roma cuadrada, y se ven las series de poderosos arcos y bóvedas que sostuvieron los palacios de los Césares; hoy son agujeros de bordes negros y roídos; me parecen las entradas de cuevas de topos gigantes. Quedan sin embargo vestigios de los palacios: el de Tiberio, ó Lidia, su madre, conserva aún algunas de sus estancias, con sus paredes pintadas sobre fondos rojos y sus pavimentos de mosaico.]

El arco de Constantino está allá lejos, en el extremo de la derecha; pero no lo he visto; no lo veo al menos en mi imaginación en el momento en que escribo, porque á su lado estoy viendo, casi sobrecogido, la mole del Coliseo al que me voy

acercando, viéndole tomar proporciones. Me parece que es él el que se acerca á mi con su redondez desmesurada desde el fondo de los siglos; lo siento hablarme, mirarme ceñudo y casi amenazante. Es el señor de este pueblo de ruinas; es un monstruo, una especie de pulpo negro, hecho pedazos, lleno de ojos ó de mordeduras por todas partes, achatado, agarrado á la tierra en que se hunde, y dispuesto á no soltarla jamás.

Antes de entrar en él á ver morir la tarde, me siento en una piedra, y miro largo rato el conjunto de las ruinas por entre las que acabo de atravesar.

Los rayos oblicuos del sol se arrastran por el suelo, tocan el borde de los escombros, resbalan por los fustes del ejército derrotado de columnas muertas ó heridas, tiñen de amarillo triste el frente de los arcos...

Rayos de luz fugaces y débiles como ese sol cruzan también por mi espíritu; ideas que vienen de lejos, de puntos distintos de mi memoria.

Esos chapiteles corintios que ruedan por el suelo, rotas ya y dispersas sus hojas de acanto, se me antojan cráneos insepultos de hermosuras griegas. En Grecia nació también la línea nitida y expresiva que corre por aquel pedazo de arquitrabe apoyado en una hilera de columnas, ó sonríe al envolverse en la graciosa voluta de aquel chapitel jónico. Grecia, la madre Grecia vió también nacer aquella otra línea recta que determina el ángulo de aquel

tímpano roto, y es la misma que encerró en el tímpano del Partenón la vida de la gloria, como comprimió la vida de la belleza dentro del límite sutil de las formas soberanas que Fidias modeló en sus frisos.

En cambio, todas esas líneas curvas, esos arcos, esas naves, esas bóvedas que se apoyan mutuamente, esas arcadas poderosas, aún esas columnas griegas empotradas en muros, todo eso no es griego. Grecia apoyaba el nitido dintel en la columna esbelta y firme: las ideas de elegancia y las de ornato se identificaban con las de solidez y resistencia en la noción pura de belleza que era el alma de su arte jamás superado. Después, en Roma, la columna deja de ser esencialmente soporte, para ser sólo ornamento; la resistencia queda confiada al arco, á la bóveda, hijas de Etruria aunque de sangre asiática.

Si: todo eso es Etruria, Italia primitiva que se impone á Roma bárbara, su señora, y se viste después con la clámide griega. Etruscos fueron los primeros arquitectos y los primeros escultores y hasta los primeros dioses de Roma. No creo en la existencia del cuarto orden arquitectónico, que, con el nombre de toscano, se ha atribuido á Etruria. El toscano es un dórico corrompido; pero el arco y la bóveda, que son sin duda etruscos, constituyen la médula, los huesos y los nervios de los colosales organismos greco-romanos, cuyo tipo admiramos en ese coliseo. En él se ve á Roma tomar la arcada y la bóveda, refundir los órdenes griegos

para vestirlos y ornamentarlos, dar bases á la columna dórica, modificar las volutas, combinar el estilo jónico con el corintio para formar el compuesto, y amontonar todo eso con inaudita pujanza en los anfiteatros que construye para sus tigres, en los arcos triunfales que eleva para sus césares, ó en los panteones bajo cuyas cúpulas abriga sus dioses.

Roma no concibe, pero hace esclava á la tierra y engendra en ella.

Su misión era esa: formar, de todo el mundo antiguo, un inmenso bloque que quedará abandonado en el desierto. Una simiente, que caerá del cielo, arraigará en sus grietas y, al brotar el árbol, hará saltar en pedazos el bloque abandonado, y el mundo resucitará de entre las ruinas.

Virgilio que, en su Egloga IV, presiente la aurora, entrevió también esa misión de Roma. Mientras miro cómo empieza á caer la tarde sobre los escombros que me rodean, me parece oír pasar entre ellos, como la voz de una campana, la vibración del verso de la *Eneida*:

*Excudent alii spirantia mollius æra...  
... vivos ducent de marmore vultus.*

*Tu regere imperio populos, Romane, memento.*

« Otros pueblos sabrán, mejor que tú, ablandar y animar el bronce; otros darán vida al mármol. Tú, oh Romano, acuérdate de tu misión, que es la de someter y regir el mundo. »

Vamos al Coliseo: es la hora.

## ROMA

Al acercarme al anfiteatro Flavio á pasar la tarde, recuerdo la basilica de San Pedro en que pasé la mañana.

¡ Qué impresiones tan diferentes!

Y, sin embargo, son complementarias.

Yo me imagino la basilica de San Pedro construida dentro del Coliseo, como una flor brotada dentro de un cráneo desenterrado; me imagino que veo surgir la cúpula por sobre el muro negro del anfiteatro; que veo, al través de los arcos derruidos de éste, la figura del Cristo que corona el frontón de la basilica.

Porque aqui, efectivamente, en este circo se arrojó la simiente de la Iglesia; fué aqui regada con sangre. Y brotó el árbol, y volaron las nuevas semillas.

La basilica de San Pedro es como la piedra angular, el eje del mundo cristiano conquistado por Cristo por el amor; es la parroquia del mundo

entero, la casa solariega de la familia del Padre que está en los cielos.

En ella han orado las generaciones de quince siglos, postradas ante el Dios de amor, llamándole todos á una *Padre*, y consagrando así la fraternidad de todos los hombres. En ella, rodeando el sepulcro de los apóstoles, han doblado la rodilla desde los emperadores, y reyes, y magnates, hasta los hombres mas humildes; y han sido en ella canonizados y glorificados reyes y mendigos, que ocupan su altar de mármol, el uno al lado del otro.

San Pedro es el Panteón de la gloria, es el baluarte de la Iglesia militante, y el esplendor en la tierra de la triunfante.

El Coliseo es la calavera de la Roma antigua, dominadora del mundo por la fuerza y la sangre. En él concentró su gloria, su poder, todos sus triunfos, todos sus vicios y crueldades, cuando, ya sin misión en la tierra, porque la cruz se había alzado en el Calvario, no tenía más anhelo que el de la sangre y la matanza en la fiebre de su feroz agonía.

La antigüedad no había conocido un circo ó anfiteatro igual; los siglos posteriores no han tenido otro que pueda comparársele.

Llenaban cien mil personas, ávidas de muerte, su hemiciclo. Allí estaban los sacerdotes y las virgenes romanas pidiendo sangre; allí los nobles y los plebeyos. Los esclavos no eran hombres; las mujeres no eran personas; los gladiadores eran

músculos y sangre organizados para divertir muriendo.

El emperador Tito lo inauguró con cien días de fiesta. Mataron entonces en la arena cinco mil fieras y diez mil hombres cautivos: quince mil piezas capaces de dolor, es decir, de placer para el pueblo.

Millares de seres humanos lanzaban gritos de rabia cuando un hombre, que había recibido un buen golpe, no sabía corresponder á él muriendo con elegancia y rapidez, sin larga agonía que descompusiera su actitud de muerto.

El deleite del dolor ageno era el nuevo y supremo placer de aquel pueblo.

Se iban contando las heridas recibidas por el gladiador, y, al verlo caer, se exigía su muerte rápida, que no quedase en él el más mínimo aliento de vida al ser arrastrado al *Spoliarium*.

Otras veces el pueblo gozaba viendo huir por la arena, aterrorizados, á los infelices indefensos, ó viéndolos correr al rededor del circo buscando en la lisa pared un sitio, que no encontrarían, donde trepar ó esconderse, hasta que las fieras los destruían. Entonces aplaudía alborozado el pueblo-rey vencedor.

Y tras eso aparece el mártir cristiano en la arena. No huye, no se queja, no mata; sonríe y muere invocando á Jesucristo y compadeciendo al César.

La luz del cielo alumbra el anfiteatro, y envuelve en una sola claridad al mártir y á la fiera: pero deja en la sombra á la multitud que vocea.

Todo eso y ¡tanto más! acude á mi memoria al entrar al esqueleto del gigante anfiteatro de Flavio.

Estaba este formado de tres círculos concéntricos de muro, unidos entre sí por arcadas, que constituían dos series de galerías. El muro exterior, ornado por cuatro colosales columnatas y arcadas sobrepuestas empotradas en él, ha desaparecido en sus dos tercios; queda en pie la otra tercera parte. En el interior se ve el gran óvalo del circo; la mitad es un plano horizontal: la arena; la otra mitad, que antes complementaba el plano, hoy ofrece á la vista, descubiertos, los subterráneos del circo: arcos derruidos, bocas de galerías que los atraviesan ó dan entrada á los subterráneos que estaban bajo las graderías que ocupaban los espectadores.

Estas últimas están en ruinas: se ven allí arranques de arcos, fragmentos de muros colosales, graderías interrumpidas; y, detrás de esa masa confusa, el muro exterior que cierra el horizonte, dejando ver el cielo de trecho en trecho por sus ventanales cuadrados ó sus arcos redondos.

Dos ó tres horas pasé sentado en un chapitel de mármol, ó recorriendo el circo dentro de aquel esqueleto de gigante.

Las recuerdo; más aún, las veo discurrir.....

Aún es de día. El cielo está gris. Ha llovido algo, y el tiempo no se ha despejado.

Sentado al norte del circo, en el primer piso de

la ruinosa gradería, veo á mi derecha el cielo, algo más claro, por donde el astro salió y ahora abandona dejándolo casi obscuro. Toda la gran bóveda celeste parece que se adapta á ese muro ya casi negro que recorta el cielo; éste se ve al través de los agujeros, unos en forma de arco, otros de arcos interrumpidos por la curva de nuevos arcos interiores, otros cuadrados.

A mis pies está el óvalo de la antigua arena; la mitad plana, la otra mitad con los subterráneos descubiertos y, en estos, los arcos que sostenían el piso, los trozos de muro, las entradas laterales de los secretos de aquel organismo, las de las habitaciones de los tigres, las de las de los mártires, el acceso del *spoliarum*, ó lugar de los cadáveres. Todo aquello parece las vísceras secas, momificadas, del esqueleto que se ofrece tendido ante mis ojos.

Las campanas de la ciudad suenan á lo lejos por el occidente; y, de lo alto de los muros negros que me rodean, salen volando en todas direcciones bandadas de cuervos que pueblan el aire con sus chirridos; unos salen gritando, no se de dónde, y forman en el viento una asamblea estrepitosa que, al parecer, protesta ó riñe; otros vuelven en silencio, y se meten en sus mechinales como se si retiraran despechados de la reunión aérea; otros se posan en el borde dentellado del muro exterior formando largas hileras de puntos negros, ó se distribuyen aquí y allá en los escalones más altos de la gradería, en las puntas de los pedazos de escom-

bro. No cesan de chirriar. Las campanas, á lo lejos, suenan, de vez en cuando, como voces tristes:

La luna está en lo alto del cielo, rodeada de una aureola; pero la luz que alumbra el circo, no es luz de luna. Aunque sólo es la debilísima del crepúsculo, aún predomina sobre la del astro.

Yo espero la noche, que es el día de las ruinas; espero el silencio que hace perceptible su lenguaje débil; quiero oírlas hablar á ellas solas. Los cuervos se dormirán.

Tres notas de color se ofrecen á mis ojos: el color gris claro, color de polvo, de los arcos interiores derruidos, más iluminados hacia el oriente y casi negros hacia el poniente; la masa terrosa del muro circular exterior que da la espalda al cielo crepuscular sobre el que abre sus agujeros; y las manchas negras y redondas de los arcos y entradas de la gradería colosal, que parecen viejas órbitas vacías que miran al circo. El color del cielo, por fin, de un cielo que se apaga, se ve al través de los agujeros y sobre los horizontes.

Todo está esfumado, como si se viera de muy lejos; inmóvil, como si contuviera el aliento.

.....  
Muere por completo el día.

La mirada de la luna se fija ya directamente en la ruina; esa luz ya no se confunde con la crepuscular.

La estrella compañera del astro está ya encendida á su lado; caminan juntos, como el grupo de la sagrada familia por el desierto.

La aureola de la luna se ha ido agrandando y adelgazando hasta desvanecerse; y la idea de soledad arde en el redondo disco de nácar.

Los cuervos se han callado; pero se siente el chirrido de los murciélagos, y se les ve pasar en el aire huyendo de los enemigos impalpables que los persiguen y les hacen quebrar bruscamente la línea de su vuelo agitado, como si esquivaran golpes repetidos de largos látigos invisibles.

Parece que lo que estaba inmóvil cobra un movimiento imperceptible. Los agujeros del gran muro nose ven siempre definidos: aparecen y desaparecen; alguién, que no se ve, pasa delante de ellos por el aire.

La luna está muy débil y pálida; su brillo no da enérgico relieve á las ruinas, no marca con precisión sus aristas, no recorta el claro-oscuro; pero ya proyecta en el suelo las sombras de los muros y arcadas derruidos.

Resuenan los subterráneos al choque de mis pasos al través de las triples galerías silenciosas; los bultos me miran pasar de entre las medias tintas en que están inmóviles: chapiteles, pedazos de cornisa de mármol, fragmentos de estatua.

.....  
Hé aquí, por fin, la noche, la noche que yo esperaba, la noche del anfiteatro Flavio; el día del pasado. Es esta la hora en que flotaban los ángeles transparentes en el aire, sobre los despojos de los mártires y entre el vapor de su sangre.

La luna brilla sin nubes, y da ya todo su carác-

ter al cuadro indescriptible. La mitad del circo flota en su luz; la otra mitad en la sombra que avanza hasta el centro de la arena como hasta una playa de mar, y recorre los muros, los arcos, las aristas y las hondonadas de los subterráneos abiertos. La raya de sombra sube y baja; trepa, á orillas de la luz, por las escalinatas rotas; se rompe, por fin, y desaparece en lo alto del muro ruinoso.

Este muro circular que cierra el circo recorta los horizontes. Sobre su masa negra se abren las altas ventanas cuadradas y los agujeros circulares interrumpidos por los arcos interiores.

La noche está estrellada.

Alzemos la cabeza y miremos las estrellas largamente. ¡Y estemos callados!

¡Oh noche, noche soberana del esqueleto de Roma!

## ROMA

Siento resonar en mi memoria todo el día de ayer muy nutrido de impresiones solemnes; pero sin duda por lo mismo que lo son tanto, mi espíritu cansado busca reposo en un recuerdo más sereno, pues al ponerme á escribirte, sólo por escribirte algo hoy, huyo de las grandes impresiones, y una sensación sencilla y tierna se desprende del conjunto y se me impone.

Me parece algo así como si, escuchando el torrente de notas de un órgano, oyésemos, en un tiempo de silencio entre dos grandes acordes, el llanto conocido de un niño.

Fuimos ayer á la tarde al cementerio de San Lorenzo de extramuros, con el sólo objeto de visitar el sepulcro de Luis Nadal, un joven uruguayo que murió hace algunos años en el colegio *Pío Latino Americano*; sólo á acercarnos á un puñado de polvo de nuestra sangre uruguayaya, que está allí entre mucho polvo extranjero.

Fué un deseo de Adolfo, en el que encontré mucha ternura, que muy pronto hice mía. Nadal era hijo de su mismo pueblo de San José, el pueblo de su infancia.

— Puesto que estamos en Roma, me decía Adolfo, vamos á verlo.

— Si, vamos á buscar ese sepulcro.

Y fuimos.

— ¿Dónde está el sepulcro del colegio Pio Americano?

— Americano... americano... nos dice el portero. ¡Ah! si: en el cuartel número once. Vayan Vds. con este hombre.

Y cruzábamos las calles del clásico camposanto romano, leyendo lápidas de mármol, y no encontramos la tumba.

— Es una capilla como ésta, decía el guía; apoyada en el muro; pero no sé si está en este camino ó en aquél; sigamos por esta calle.

Y seguíamos leyendo nombres que fueron, mirando sin ver estatuas llorosas, recostadas en urnas medio cubiertas con paños de mármol; y capillas que parecen muy hondas y con miedo dentro, cerradas por verjas; y coronas viejas de siemprevivas, y coronas nuevas, ¡siempre coronas nuevas!

Y nuestras pisadas sonaban ó chirriaban en la conchilla del camino enarenado.

El cementerio es muy grande. El día estaba gris.

El viento pasaba por sobre las puntas de la yerba como si se pasara la mano sobre una piel, erizándola un poco. Los cipreses, árboles de hierro, se movían lo suficiente para aparecer más rígidos y tristes que si estuvieran inmóviles. Para mi el ciprés no se mueve nunca; siempre lo mueven. Está bien en el cementerio con la punta hacia arriba acompañando á los dormidos.

Habíamos andado mucho entre sepulcros.

Una mujer y dos niños, vestidos de luto, estaban arrodillados junto á una cruz de madera clavada en el suelo. Nosotros dejamos de seguir leyendo inscripciones por mirar ese cuadro que nos indicamos sin hablar; pero seguíamos caminando.

— ¡Americano!... ¡Aqui está! Este es el sepulcro del colegio, dijo el sepulturero. Buenas tardes, señores, buenas tardes. Y se fué.

— Toma tu propina, amigo sepulturero, y buenas tardes. Dios te guarde.

El sepulcro es una capilla espaciosa, hundida en el muro; la puerta está siempre abierta; la entrada es un arco. A uno y otro lado de la capilla, en las paredes, hay alojamientos iguales, pequeños arcos superpuestos, todos cerrados; unos con inscripciones, ocupados: alguien duerme adentro; otros en blanco, tapiados con argamasa: lechos vacíos que esperan quien los enfrie.

Adolfo y yo leíamos las inscripciones, uno en una pared, el otro en la otra; arriba y abajo. Al-

zábamos la cabeza y la íbamos bajando poco á poco.

*Mexicano... Chileno... Hic in pace... Colombiano... Paraguayo...* ; La familia, toda la familia aquí reunida!

Salimos de la capilla. También en su frente, á ambos lados de la puerta, hay sepulcros.

Otro Mexicano... un Ecuatoriano...

*Hic in pace... Compositus est... uruguarianus.* ; Uruguay!

No te puedes imaginar el efecto que produce ese nombre querido escrito en un sepulcro de Roma.

Aquí está. Y nos agrupamos los dos, silenciosos, á leer aquel nombre :

*Ludovicus Nadal, Uruguarianus.*

Miramos largo rato, sin hablarnos, la lápida de mármol blanco encabezada por el busto en alto relieve del joven seminarista, encerrado en un medallón.

— Está parecido, me dijo por fin Adolfo. ; Pobre Luis Pedro!

Y leíamos :

*Hic in pace compositus est Ludovicus Nadal, Uruguarianus. Pictatis, studio, animi, candore Insignis...*

« Fué insigne en la piedad y en el estudio, y en el candor del alma, y en la dulzura, y en las costumbres. »

Y sigue la inscripción diciendo dónde y cuándo murió.

El busto del joven, con el cuello de su esclavina ceñido á la garganta de mármol, miraba sonriendo los cipreses, el aire lejano; parecía indiferente á nuestra melancolía.

¡Con qué sencilla intensidad senti yo en aquel momento la idea de la patria!

Aquel sepulcro me parecía un sepulcro de familia, mio.

Aquel nombre *Uruguay*, era mi nombre; resplandecía como la llama del fuego del hogar en el invierno.

He pasado por tantos pueblos en estos días; he oído tantas lenguas; he visto girar tantas cosas, que me parecía que todas ellas giraban en torno de aquel nombre inmóvil, grabado en una piedra de Roma: *Uruguay*.

La distancia es gris en las montañas, es azul en el cielo, es cercanía en los puntos más remotos, en los barcos que se alejan sobre el mar con las alas abiertas, en las estrellas que resplandecen en el aire obscuro; es rumor en los ruidos lejanos, melodía ó queja en los sonidos de origen desconocido. Es fraternidad en los hijos de la misma patria ausente que se encuentran, vivos ó muertos, á lo largo del camino.

Y en los muertos más aún que en los vivos.

Yo no conocí á este joven seminarista, y senti, sin embargo, un movimiento de grande ternura en su sepulcro. Creía que si yo hubiera golpeado aquella losa, si hubiera llamado en aquella casa, hubiera salido á abrirme, no él, sino su madre que

lo es también mía, la madre eternamente viva : la Patria ausente. Y que me hubiera sonreído.

Adios, madre. Ya contaré algún día á los míos que te he visto sentada, buena y hermosa como siempre, en un sepulcro de Roma, al lado de los despojos de un niño que fué bueno, que fué también candoroso, y que salió de su tierra y no volvió.

## NAPOLIS

Vamos á Nápoles.

El tren corre por la llanura del *Agro romano*. Se ven, de vez en cuando, las series de arcos de antiguos acueductos que parecen recuerdos que van por el campo solitario ; bueyes blancos y de largos cuernos alzan la cabeza y miran el tren que pasa. Se oyen pronunciar nombres melodiosos de lugares, nombres que vienen de muy lejos, trayéndonos versos de Virgilio y de Horacio.

Roma va quedando allá en el horizonte. Miro hacia ella largamente.

Parece envuelta en varios chales horizontales de niebla de un color azul violeta : son la respiración de los pequeños valles que están entre las siete colinas.

Sobre el contorno de la última de estas, y teniendo por fondo los Apeninos, que parecen una nube, se proyecta oscura y vigorosa sobre el cielo la silueta de la cúpula de San Pedro.

La niebla que envuelve á la ciudad borra á esta por completo con azul. Sólo se ve con precisión la